

Reproducido en www.relats.org

DOS POSICIONES SOBRE LA INVISIBILIDAD DEL SINDICATO

Antonio Baylos

José Luis Lopez Bulla

**Reproducido de los blogspot de los autores,
febrero 2019**

I.LA INVISIBILIDAD DE LAS MANIFESTACIONES Y CONCENTRACIONES SINDICALES

Antonio Baylos

En los últimos días, hemos sido bombardeados con la inminencia de una manifestación en la Plaza de Colón de Madrid que tenía por objetivo preservar la unidad de la nación española y que había sido precedida de una fuerte descalificación personal y política del presidente del gobierno a cargo de los dirigentes políticos de la oposición tripartita en la que se integran, por orden de gradación a la derecha extrema Ciudadanos, Partido Popular y Vox. La manifestación ha generado a su vez innumerables comentarios sobre la

base de la fotografía final de la misma con los tres partidos en pie de igualdad y la presencia en la concentración de significativas personas e instituciones, desde el ex ministro del interior Corcuera, y la incorporación del Sindicato Unificado de Policía (SUP) a la pancarta de Abascal, el líder de Vox, hasta el vedetismo de dos personajes mediáticos, el premio nobel Vargas Llosa y el ex ministro socialista francés Manuel Valls, flamante candidato a alcalde de Barcelona.

La temática sobre la que se construye la protesta era, como se sabe, la negociación del gobierno con los independentistas catalanes en el marco de las conversaciones para obtener el apoyo a los presupuestos presentados en el congreso, unos presupuestos que en líneas generales responden a unos acuerdos con Unidos Podemos y que plantean una mayor capacidad de gasto social y de inversiones. La protesta de la derecha no habla de este objetivo sino de la “traición” que supone intentar abrir un proceso de diálogo con el presidente de la Generalitat y los partidos que gobiernan Catalunya, lo que para este frente tripartito de partidos supone una claudicación de la idea nacional y por tanto un motivo seguro para la destitución del presidente del gobierno.

Todos hablan / hablamos de este asunto. Nadie sin embargo coloca la agenda social en el centro de las preocupaciones del país, como si la opinión pública no pudiera debatir más que a propósito de la estructura emocional de la nación española, envuelta en el color rojigualda de la bandera omnipresente.

Y sin embargo, coincidiendo con este evento político interno, se han producido en toda Europa en la semana pasada algunos hechos que deberían haber llamado la atención de

los medios de comunicación. Si la convergencia entre la CGT francesa y el movimiento de los Chalecos Amarillos a partir de una huelga general el 5 de febrero no mereció apenas comentarios, mucho más en sordina pasó la convocatoria de una asamblea de cuadros sindicales de CCOO y UGT realizada en Madrid, en la Caja Mágica, el 8 de febrero viernes, con la asistencia de 10.000 delegadas y delegados en un mar de banderas rojas y violetas. Bajo el tema de “Más Hechos, menos palabras”, la asamblea sindical se inscribía en la campaña de movilización acordada por las dos centrales para exigir a las organizaciones empresariales el cumplimiento de los acuerdos alcanzados en el IV Acuerdo para el Empleo y la Negociación Colectiva; para exigir la aprobación de los consensos alcanzados con el Gobierno en las mesas de diálogo social para mejorar derechos laborales y sociales, así como la derogación de la reforma de pensiones de 2013; para impulsar la lucha por la igualdad y contra la brecha salarial; para establecer un contrapeso a las presiones que recibe el Gobierno para concretar avances sociales, y para romper el bloque sistemático que ejerce la mesa del Congreso y los grupos parlamentarios a las reformas que necesitan los trabajadores y trabajadoras. Un conjunto de temas cuya relevancia y trascendencia son evidentes, pero que apenas llamó la atención de algunos comentaristas económicos y un discreto lugar en las páginas interiores de los periódicos digitales al uso.

La movilización sindical en España no tenía nivel para situarse en las primeras noticias del día, pese a los muy cuidados e interesantes discursos de Pepe Álvarez y Unai Sordo, cuyo contenido debería ser escuchado con atención, y no solo por el Gobierno. Pero tampoco la inmensa manifestación sindical unitaria que al día siguiente, 9 de

febrero, colapsó Roma y llenó la plaza de San Juan de Letrán de aquella ciudad en donde el recién elegido secretario general de la CGIL, Maurizio Landini exigió que el gobierno escuchara al pueblo del trabajo y cambiara el rumbo de la política económica, un discurso que no sólo no ha gustado a los miembros de la *Lega* de ese gobierno, sino que ha sido atacado en toda la línea por el inspirador del Movimiento 5 estrellas - ¿el *relator* del movimiento? – Beppe Grillo. Tampoco la huelga general prevista para mañana, 13 de febrero en Bélgica merecerá una sola nota de redacción de los periódicos ni desde luego las televisiones.

El trabajo no es ya un espacio sobre el que la información está interesada. Invisibilizándolo como elemento social y político, es decir como elemento central de la cohesión social y como clave de la inclusión democrática de las clases subalternas que propenden a construir espacios más amplios de ciudadanía social, se esconde también y fundamentalmente la figura social que lo representa, el sindicato como representante general de éste. La idea es la de desplazar el centro de gravedad de la discusión política hacia un espacio de debate alimentado por la crispación y el conflicto perpetuo con instituciones y adversarios predeterminados cuya solución a través de transacciones mutuas tras el conflicto no es aceptada y se denuncia como una práctica incompatible con la democracia.

La libertad de información se transmuta en libertad de empresa, la que rige los propósitos de los grupos económicos que dominan los principales medios de comunicación privados en nuestro país. La pedagogía que llevan a cabo los medios de comunicación y a la que se arrastra a la opinión pública española – con la complicidad, voluntaria o forzosa, de los partidos democráticos – descorporeiza la realidad

social que refleja la problemática material del trabajo y fomenta el desdibujamiento de los sindicatos, una subjetividad potente y activa que sin embargo es borrada del espacio virtual con la idea de obtener su desvitalización efectiva en la vida real, alejando de las preocupaciones inmediatas de la ciudadanía los temas que deberían ser su preocupación más acuciante: la nivelación salarial y la recuperación de condiciones de trabajo a través de la negociación colectiva, la revalorización de las pensiones y la derogación del factor de sostenibilidad, la reversión de los elementos más negativos de la reforma laboral del 2012, cuyo séptimo aniversario tampoco ha sido recordado posiblemente para que no se pudiera hablar de las consecuencias gravosas de devaluación salarial e incremento exponencial de la desigualdad como efecto inmediato de estos procesos normativos.

Es este por tanto un aspecto extremadamente negativo que complica de forma adicional la situación de los sindicatos en nuestro país. Un país acostumbrado a la mentira y a los insultos como práctica habitual de una estrategia de la crispación que desprecia y excluye cualquier planteamiento divergente del proyecto autoritario que se quiere imponer como forma “nacional” frente a la forma democrática y la complejidad que ésta reúne. Un país donde el símbolo más evidente de la tolerancia cómplice del oligopolio de los medios de comunicación con la ultraderecha es la presencia de tres periodistas leyendo un manifiesto plagado de mentiras e inexactitudes, tres profesionales de la información cuya praxis asume la falsedad y el odio como ejercicio cotidiano de su actividad.

Reaccionar frente a esta construcción inducida de una realidad proto-fascista de la que el trabajo es inexistente porque se le niega una cualidad política o social diversa de su condición estricta de mercancía, y, en la que consecuentemente, se anula la presencia, la voz y la imagen de las figuras sociales que lo representan, los sindicatos, es cada vez más urgente. Una tarea en la que hay que ser conscientes que la democracia se juega mucho y las y los trabajadores bastante más.

II.SOBRE LA INVISIBILIDAD DE LOS SINDICATOS

José Luis López Bulla

Recientemente el profesor Antonio Baylos ha publicado un importante artículo en su blog:

“La invisibilidad de las manifestaciones y concentraciones sindicales”. Comparto lo que dice.

Y, comoquiera que en el fondo plantea un debate para salir de dicha *invisibilidad*, me pongo a pegar la hebra con estas consideraciones ‘de acompañamiento’.

1.-- Habrá que mirar ampliamente por toda la geografía del trabajo para ver dónde está dicha invisibilidad. Que es cierta.

Ahora bien, si partimos de los datos, especialmente los referidos al ecocentro de trabajo, se ha de partir indudablemente de los resultados del reciente ciclo de las elecciones sindicales en Cataluña.

Las fuentes que tenemos –aparecen hoy en La Vanguardia- nos dicen lo siguiente: 51.353 delegados en total. De ellos, el 41,6 por ciento corresponden a Comisiones Obreras, el 38,7 a UGT, el 4,5 a USO, el 2,8 a CGT y el resto a candidaturas diversas.

Primera consideración: el sindicalismo confederal alcanza aproximadamente el 88 por ciento de la representación en los centros de trabajo.

Es un elevado porcentaje que explica un reiterado consenso del conjunto asalariado con las organizaciones sindicales. Seamos claros: no se vota en el centro de trabajo a un cuerpo invisible. Se vota lo conocido, lo que –a lo largo de un mandato-- muestra utilidades concretas. Los datos, que son tozudos, lo demuestran. Cómo trasladar la visibilidad del sindicalismo en su *territorio natural* al exterior, es ya harina de otro costal

A mi juicio, sin obviar el planteamiento de Antonio Baylos, el problema no está fundamentalmente en la invisibilidad del sindicato en la calle o, si se prefiere --como dicen otros-- en «la sociedad», sino en la necesidad de tener mayor protagonismo en el ecocentro de trabajo.

2.-- Recientemente he leído la autobiografía de Juan Guil, veterano sindicalista del Vallés Occidental. La lectura de las memorias de Guil me ha hecho retomar algunas ideas que he venido sustentando desde hace muchos años y que tienen que ver con lo que estamos comentando.

En el sindicalismo español coinciden simultáneamente dos estilos que chocan entre sí. Un estilo paradójico. Dicho esquemáticamente, esta paradoja se muestra así: de un lado,

un sector amplio no valora suficientemente los éxitos que consigue la acción sindical colectiva; de otro lado, el sector que siempre está insatisfecho con lo que no se alcanza.

Hablando en plata: los primeros actúan como si fueran frailecillos franciscanos, que esperan el premio por su buenas obras en el Cielo; los segundos, patológicamente cenizos, hacen abstracción de las relaciones de fuerza y poder. Los primeros no exhiben su propia fuerza colectiva y los avances (cuando los hay, ciertamente); los segundos no sólo conducen a un pesimismo paralizante, sino a algo peor: el nihilismo. Naturalmente, no estamos proponiendo abrazar el triunfalismo, ni el panglossismo. Tampoco estoy planteando atemperar la insatisfacción, simplemente señalar la ineficacia de ella cuando es patológica. Simplemente lo que se expone es una corrección del carácter de esta paradoja que nos viene desde los tiempos de María Castaña.